

El manifiesto terminaba con un llamamiento á la conciliación, llamamiento lleno de ardiente y sincera emoción: «Yo que he conocido el destierro y la cautividad, deseo con toda el alma el día en que la patria pueda, sin peligro, hacer cesar todas las proscipciones y borrar las últimas huellas de nuestras discordias civiles... Si me llamáis á la presidencia de la República, la tarea será difícil, lo sé; pero no desconfiaré de realizarla invitando á la obra, sin distinción, á los hombres cuya inteligencia y probidad les recomiendan á la opinión pública... Por lo demás, cuando se tiene el honor de hallarse al frente del pueblo francés, hay un medio infalible de hacer el bien, y este medio consiste en quererlo hacer.»

Mientras el manifiesto de Luis Bonaparte era profusamente distribuído por campos y ciudades, una grave complicación nacida de la política exterior pareció ofrecer á Cavaignac una probabilidad de recuperar la suerte que se le escapaba.

De resultados de la agitación que se referirá más adelante, estalló en Roma una revolución terrible. El 15 de noviembre, al ir á la Cámara de diputados, el señor Rossi, jefe del ministerio pontificio, fué asesinado en las gradas del palacio de la Cancillería. La noticia del crimen fué acogida con indiferencia por el Parlamento y con alegría por el populacho. Al día siguiente, la muchedumbre acudió al Quirinal y quiso imponer al Sumo Pontífice la constitución de un nuevo ministerio y la convocatoria de una Constituyente. La infantería de línea, la gendarmería y la guardia cívica hacían causa común con los facciosos. Estaban amenazadas la independencia, la libertad personal y hasta la vida del papa.

Tan graves noticias, traídas desde luego á París por los periódicos del Piamonte y confirmadas por la embajada de España, no fueron conocidas oficialmente en todos sus detalles hasta el 25 de noviembre. Podían ser, para el jefe del poder ejecutivo, el punto de partida de una evolución decisiva. Acudir en auxilio del papa, librarlo de los facciosos que le tenían cautivo, ofrecerle la hospitalidad en el suelo francés, conducirlo á Marsella en medio de un pueblo respetuoso y reverente, era no sólo reanudar la tradición de la política nacional, sino que, en vísperas de la elección, era reunir los sufragios de los católicos y agrupar en torno suyo toda esa masa flotante á quien gusta siempre una iniciativa audaz.

Cavaignac era hombre para comprender aquel plan. Su buen sentido, que no le ponía al abrigo de la indecisión en el manejo de los asuntos cotidianos, le indicaba á menudo, en las graves coyunturas, el verdadero camino que convenía seguir. Su deber de jefe de Estado y el interés de su candidatura concurrían á dictarle su conducta. Después de la sesión parlamentaria de 25 de noviembre, se fué en derecha á casa del Sr. de Corcelles, que había sido compañero suyo de colegio y con quien había reanudado la amistad en Africa; conocía su celo religioso; enseñándole los despachos telegráficos que acababa de recibir, le confió la misión de ir á Roma, devolver la libertad al Padre Santo y ofrecerle hospitalidad en el territorio de la República. Para apoyar esta misión, enviáronse órdenes telegráficas á Tolón y á Marsella á fin de reunir inmediatamente la

escuadra y embarcar, con destino á Civitá-Vecchia, una brigada de 3.500 hombres, que se hallaban reunidos desde hacía algún tiempo en el litoral del Mediterráneo. Se estaba tan seguro de la próxima llegada de Pío IX, que el Sr. Freslón, ministro de Cultos, fué enviado á Marsella á recibirlo. La Asamblea se asoció á aquellas resoluciones del jefe del poder ejecutivo; el 30 de noviembre votó por 480 votos contra 63 la siguiente orden del día propuesta por el Sr. de Trévencu: «La Asamblea nacional, aprobando completamente las medidas de precaución tomadas por el gobierno para asegurar la libertad del Padre Santo, y reservándose el tomar una decisión sobre sucesos ulteriores y todavía imprevistos, pasa á la orden del día.»

Es de suponer que aquella actitud de Cavaignac inquietó á los amigos de Bonaparte. Pero la ansiedad de éstos duró poco. Súpose que el papa había salido furtivamente de su capital, pero que, en vez de ir á Civitá-Vecchia, había pasado la frontera napolitana. Un parte del Sr. de Rayneval, ministro de Francia en Nápoles, recibido el 1.º de diciembre en Marsella, anunció la llegada del Padre Santo á Gaeta. Freslón regresó á París. La escuadra y las tropas no abandonaron las costas de Francia. El Sr. de Corcelles fué solo á llevar á Pío IX un ofrecimiento que ya no venía al caso. Los amigos de Bonaparte salieron pronto de su inquietud pasajera, y recobrando toda su confianza, burláronse de todo aquel movimiento de fuerzas inútil y de aquella hospitalidad que persistían en ofrecer cuando el papa se había refugiado ya en otra parte. A fin de quitar á su competidor todo el beneficio de su iniciativa, el príncipe se apresuró á dirigir al Nuncio una carta en que no solamente negaba toda complicidad con los enemigos del Soberano Pontífice, sino que, más explícito que su contrincante, afirmaba la necesidad del poder temporal. Semejante manifestación no era superflua: porque si la fiebre del momento no hubiese embargado los espíritus, se hubiera recordado que aquel mismo Luis Bonaparte había figurado, diez y siete años atrás, en la insurrección de Romagnes, y que en aquel mismo momento uno de sus primos, el príncipe de Canino, hijo de Luciano, era uno de los jefes de la revolución romana.

La fortuna fué abandonando á Cavaignac, y, en vísperas de la elección, vino un incidente á desacreditar todavía más su candidatura ya tan comprometida.

El 19 de septiembre, Sénard, entonces ministro del Interior, había presentado un proyecto de ley á fin de asegurar indemnizaciones pecuniarias ó distinciones honoríficas á los heridos de febrero, presos políticos y demás víctimas del gobierno caído. La comisión elegida por la Asamblea y presidida por Baroche había acogido favorablemente el proyecto. Antes de terminar su trabajo recordó que el 5 de marzo anterior se había creado, bajo la presidencia de Albert, un *comité de recompensas nacionales*, y que en mayo, después de la dimisión del presidente, dicho comité se había reformado en el Hotel de Ville bajo la presidencia de Guinard. La comisión quiso enterarse de los expedientes formados por aquellos comités extraparlamentarios, á fin de saber quiénes eran las personas incluídas en las propuestas. El comité del Hotel de Ville transmitió los expedientes al ministerio del Interior; y el ministro, sin abrirlos, los remitió á la comisión de la Asamblea, que

se reunió el 5 de diciembre á fin de examinarlos. ¡Cuál no sería su estupefacción al ver incluso en aquellas listas, al lado de los condenados políticos, una infinidad de malhechores, condenados por robo, incendio ó saqueo, los parientes ó herederos de los asesinos de Luis Felipe, los herederos de Fieschi y de Pépin y la hermana de Leconte! La sorpresa y la indignación del primer momento no permitieron guardar el secreto. Algunas de aquellas listas fueron copiadas y distribuídas al público. La buena fe no es la cualidad principal de los partidos, sobre todo en período electoral. Los periódicos hostiles al jefe del poder ejecutivo dieron al hecho las proporciones de un escándalo monumental. La *Presse* denunció con cruel ironía á los pensionados del general Cavaignac. La verdad es que Sénard y Dufaure ignoraban hasta la existencia de aquellas listas. El mismo Guinard, presidente de la comisión establecida en el Hotel de Ville, afirmaba que no se trataba de propuestas definitivas, sino de simples extractos de registros de prisión: en todo caso, á Cavaignac no se le podía acusar, ni aun por el odio más ciego, de haber querido asegurar una prima al asesinato ó al robo. Dufaure, ministro del Interior, á fin de marcar bien la reprobación del gabinete, retiró el 6 de diciembre el proyecto presentado por Sénard. Hizo más, retrasó algunas horas la salida de los correos para que la desaprobación del gobierno pudiese llegar á provincias al mismo tiempo que las apreciaciones calumniosas de la prensa hostil. ¡Vanos esfuerzos!, las masas reflexionan poco, y en su espíritu quedó, en vísperas del escrutinio, la idea vaga de una nueva complacencia del general con hombres de desorden.

VI

Llegó la solemne fecha de 10 de diciembre. El día antes, un manifiesto del jefe del poder ejecutivo había aconsejado á todo el mundo calma y respeto á la ley. La recomendación era afortunadamente innecesaria. Las operaciones electorales se verificaron en medio del orden más perfecto. A partir del 13 de diciembre, las noticias de París y de los departamentos no dejaron lugar á duda alguna sobre el triunfo de la candidatura napoleónica; sin embargo, se esperaba con viva curiosidad el resultado definitivo, y esta curiosidad era tal que todos los trabajos del Parlamento se hallaban, de hecho, suspendidos. La espera fué larga. Hasta el 20 de diciembre no fué llevado á la Asamblea por la junta de escrutinio el resultado completo de la votación. He aquí la lista de los sufragios, digna de ser conservada por la historia:

Votos emitidos.	7.327.345
Luis Bonaparte.	5.434.226
Cavaignac.	1.448.107
Ledru-Rollin.	370.119
Raspail.	36.920
Lamartine.	17.910
Changarnier.	4.790
Votos perdidos.	12.600

Cavaignac quedaba derrotado. De la misma manera que Lamartine, tan aclamado después del 24 de febrero, había visto, tres meses después, la corriente de la

popularidad alejarse de él, así Cavaignac, árbitro del país después de la insurrección de Junio, se veía á su vez abandonado por el favor público. Los hombres se gastan pronto en épocas revolucionarias. Un año había bastado para quebrantar á los dos ídolos. Pero mientras Lamartine se retiraba con el remordimiento de no haber trabajado para consolidar la sociedad sino después de haber trabajado para desquiciarla, Cavaignac se halla exento de semejante pesar. El general había tenido la suerte de no llegar á la vida pública hasta el momento de la crisis decisiva, empezando con un inmortal servicio. Después, á la verdad, en las tareas corrientes del gobierno, su actitud fluctuante, sus medidas contradictorias, su lenguaje torpe y provocador habían hecho dudar de su inteligencia política, desacreditando grandemente su persona y su causa. Pero aquellas irresoluciones eran más bien imputables á sus amigos y consejeros que á él mismo. Creemos que la posteridad echará un velo sobre aquellas indecisiones y aquellas faltas, para no ver más que al soldado modesto y pundonoroso, más triste que ufano en la victoria, contenido hasta en la dictadura; sí, la posteridad dirá, seguramente, que á pesar de algunas deficiencias fué un buen servidor de su país; y pensando en los sufrimientos que habían de seguir, sentirá quizá que la nación no hubiese confiado á sus manos honradas y leales el depósito de sus destinos.

Habiendo ejercido el poder con desinterés, Cavaignac lo abandonó del modo más sencillo. Terminada la proclamación del voto, pidió la palabra:

«Ciudadanos representantes, dijo, tengo el honor de informar á la Asamblea que los señores ministros acaban de depositar ahora mismo en mis manos su dimisión colectiva.

»A mi vez os entrego los poderes que tuvisteis á bien confiarme.

»La Asamblea comprenderá, mejor que yo pudiera expresarlo, los sentimientos de gratitud que me deja el recuerdo de su confianza y de sus bondades conmigo.»

Prolongados aplausos acogieron aquellas breves palabras y acompañaron hasta su escaño, como un postrer homenaje, al ex jefe del poder ejecutivo.

Mientras Waldeck-Rousseau, ponente de la junta de escrutinio, leía su informe, Luis Napoleón Bonaparte, de frac y llevando sobre el pecho la placa de la Legión de honor, había entrado en el salón de sesiones y tomado asiento, detrás del banco ministerial, al lado de Odilon Barrot. Cuando el general Cavaignac hubo bajado de la tribuna, Luis Napoleón subió á ella y prestó el juramento prescrito por la Constitución; luego, en medio del más profundo silencio, pronunció el siguiente discurso:

«Los sufragios de la nación y el juramento que acabo de prestar señalan mi conducta futura. Mi deber está trazado. Lo cumpliré como hombre de honor.

»Veré enemigos de la patria en todos aquellos que tiendan á cambiar por medios ilegales lo que Francia ha establecido. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

»Entre vosotros y yo, ciudadanos representantes, no puede haber verdaderos disonimios. Nuestras voluntades y nuestros deseos son los mismos.

»Quiero, como vosotros, asentar de nuevo la sociedad sobre sus bases, afirmar las instituciones democrá-

ticas y buscar todos los medios á propósito para aliviar los males de este pueblo generoso que acaba de darme una prueba tan manifiesta de su confianza. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

»La mayoría que he obtenido, no sólo me llena de gratitud, sino que dará también al gobierno la fuerza moral sin la cual no hay autoridad.

»Con paz y orden, nuestro país puede levantarse, curar sus heridas, atraer á los hombres extraviados, calmar las pasiones.

»Animado de este espíritu de conciliación, he llamado á mi lado á hombres de reconocida honradez y capacidad, amantes del país, seguro de que, á pesar de las diversidades de origen político, están acordes para concurrir con vosotros á la aplicación de la Constitución, al perfeccionamiento de las leyes, á la gloria de la República. (*Aprobación.*)

»La nueva administración, al entrar en funciones, debe dar las gracias á la precedente por los esfuerzos que ha hecho para transmitir el poder intacto y mantener la tranquilidad pública.

»La conducta del honorable general Cavaignac ha

sido digna de la lealtad de su carácter y de ese sentimiento del deber, que es la primera cualidad de un jefe de Estado.

»Tenemos, ciudadanos representantes, una gran misión que cumplir, y es la de fundar una República en interés de todos y un gobierno justo y firme, que esté animado de un sincero amor al país sin ser reaccionario ni utopista. (*¡Muy bien!*)

»Seamos los hombres del país, y no los hombres de un partido, y, Dios mediante, haremos siquiera el bien, si no podemos hacer grandes cosas.»

Este lenguaje lleno de mesura pareció tranquilizador para el porvenir y fué escuchado con benevolencia. Terminada la ceremonia de instalación, Luis Bonaparte, acompañado de los individuos que constituían la mesa y de algunos amigos, abandonó el salón de sesiones y se dirigió hacia el palacio del Eliseo, que le estaba designado para residencia. De él no había de salir hasta tres años más tarde para instalarse en el palacio de las Tullerías, y, como dice Tácito hablando de Augusto, para «reinar bajo el nombre de *príncipe*,» hasta tomar el título de *emperador*.

LIBRO UNDÉCIMO

EL 29 DE ENERO

SUMARIO: I.—Situación de Luis Bonaparte: la necesidad le dicta la elección de sus consejeros: llamamiento hecho á los diputados de la antigua oposición dinástica: Odilón Barrot, presidente del consejo: sus antecedentes, su carácter; Bixio, en el gabinete, es el único representante de la política republicana; un legitimista, el Sr. de Falloux, llamado al ministerio de Instrucción pública: nombramientos para los grandes cargos públicos: el general Changarnier; el mariscal Bugeaud; el coronel Rebillot; Baroche.—Comunicación de los autos de Bolofia: incidente: retirada de Malleville y de Bixio: este incidente revela el carácter del príncipe.

II (*Extracto del texto de La Gorce*).—El ministerio enfrente de la Asamblea: previsiones de Molé; mala voluntad de la Asamblea respecto al gobierno: causa de esta mala voluntad; guerra de escaramuzas; debates irritantes; mayoría precaria y contestada; tentativas para indisponer al presidente con sus consejeros; patriótico lenguaje de Barrot.—El conflicto no puede terminar sino con la disolución de la Asamblea; sentir del país: la *proposición Rateau* traduce este sentir; informe de Grévy; discurso de Montalembert: voto de la toma en consideración.

III.—El ministerio enfrente del partido demagógico: la *Solidaridad republicana*; los clubs; agitación: espíritu de la guardia móvil.—León Faucher, ministro del Interior; su carácter: medidas tomadas con la *Solidaridad republicana*: resolución relativa á la guardia móvil; proyecto de decreto sobre los clubs; objeciones que este último decreto suscita en la Asamblea; Sénard: su informe; es desechada la urgencia: se pide la acusación del ministerio.—Disposiciones amenazadoras para la tranquilidad pública; actitud sediciosa de la guardia móvil.—El 29 de enero: formidable aparato militar desplegado en París: este aparato intimida á los facciosos; susceptibilidad del presidente de la Asamblea; explicaciones de Barrot; irritación de la extrema izquierda.—Voto de la proposición Rateau.

I

Todo jefe nuevo, en una República, llega ordinariamente al poder bajo los auspicios de un partido; y este partido, después del triunfo, es naturalmente llamado á la dirección de los negocios del Estado. Pero Luis Bonaparte no se encontraba en tales condiciones. Su elección había sido el resultado de un irresistible movimiento popular; y el pueblo da los sufragios, pero no un personal de gobierno. Los antiguos servidores del Imperio habían muerto ó se habían pasado desde hacía mucho tiempo á la monarquía constitucional: en cuanto á los amigos particulares del príncipe, eran demasiado nuevos y desconocidos para que la opinión los tomara en serio ó para que la Asamblea los aceptara. En aquella situación excepcional, el presidente no podía esperar encontrar en sus consejeros sostenes adictos á su persona ó intérpretes dóciles de su voluntad. Hasta que el tiempo y sus propios esfuerzos le hubiesen creado un partido, toda su ambición había de reducirse á tomar por ministros personajes bien vistos por la opinión, apreciados por el Parlamento y no muy desdeñosos de su persona. En este orden de ideas, modesto y en armonía con su fortuna naciente, la política dictaba de un modo muy claro la elección de hombres que convenía hacer ó evitar. Llamar á los antiguos conservadores, era dar una garantía prematura al espíritu de reacción. Solicitar el concurso de los jefes parlamentarios, tales como Thiers y Molé, era exponerse á humillantes negativas y someterse, en todo caso, á una tutela demasiado incómoda. Buscar los ministros fuera de la representación nacional era una temeridad demasiado audaz todavía. Acudir á los republicanos, era en-

tregarse en manos del general Cavaignac. Descartadas todas estas combinaciones, sólo quedaba un partido que no se había comprometido bajo el gobierno último, ni gastado desde el 24 de febrero, y era el de la oposición dinástica. Desde el momento que tuvo su elección asegurada, Luis Bonaparte resolvió agrupar este partido en torno suyo.

Odilón Barrot fué llamado á la presidencia del consejo, con el título y el cargo de guardasellos. Esta designación era feliz y hábil. Barrot era uno de esos personajes que no inspiran simpatías muy vivas ni odios muy acentuados, y que convienen mucho en épocas de miramientos y de transición. Su liberalismo, algo vago y fluctuante, era el de la burguesía de entonces. Lo austero de sus costumbres, su probidad incontestada, su elocuencia amplia y soberbia, su notoriedad ya antigua hacían de él un jefe de gabinete presentable á Francia y á Europa sin causar sorpresa ni desdén. A la verdad, sus detractores, acordándose del 24 de febrero, se complacían en recordar que Barrot era muy bueno para derribar á los gobiernos á quienes tenía cariño; pero el príncipe estaba resuelto á no guardar su ministro el tiempo bastante para dejarle ejercer aquella peligrosa facultad. Aunque siempre había permanecido ajeno y como hostil á las intrigas napoleónicas, Barrot estaba unido á los Bonaparte por antiguos lazos. Había sostenido, como abogado, los intereses de algunos de los miembros de esta familia: Luis Bonaparte, después de la intentona de Estrasburgo, había pensado tomarlo como defensor y en 1840 le había visto en Londres; finalmente, durante el año que acababa de transcurrir, el antiguo jefe de la izquierda dinástica había tenido algún trato con el presidente por mediación de Persi-